

consecuencia de intrigas diabólicas urdidas en la corte de Constancio. El difunto Constantino había hecho educar á los tres hijos de su esposa Fausta en la religion cristiana; pero de esta educacion solo se habia sacado el fanatismo intolerante, y no los sentimientos humanos y caritativos; mientras que por otra parte tampoco habian heredado de su padre ni el talento ni las otras grandes cualidades, ni de su abuelo Constancio Cloro la grandeza de alma. Solo las cualidades y tendencias malas de sus progenitores y de sus res-



Sólido de oro de Constantino el Grande. Peso un 72 avo de libra romana, ó sean 4'55 gramos. En el anverso representa el busto de Constantino ciñendo la corona de laurel, con la leyenda: CONSTANTINVS P(ius) F(elix) AUG(ustus). El reverso presenta á la Victoria coronando á Constantino, con la leyenda: VICTORIA CONSTANTINI AUG(usti), y en la parte inferior el nombre SIRM (Sirmio), donde fué acuñado.

El ejemplar forma parte del Real Museo numismático de Berlin.

pectivas familias se habian trasmitido á los tres hermanos, que al parecer cediendo únicamente á la fuerza habian compartido en vida de su padre el gobierno del imperio con sus dos primos políticos. Desgraciadamente Constancio, el mas capaz de los tres hermanos, estaba rodeado de una camarilla perversa, que le dominó hasta su muerte y que se encargó de realizar los deseos secretos del emperador y de sus hermanos, procurando con astucia diabólica que toda la culpa del horroroso crimen que se iba á cometer recayera únicamente sobre la soldadesca y sus jefes acuartelados en Constantinopla.

Para dar el dominio exclusivo á los tres hermanos, se entendieron los conjurados con Constantino y Constante, los cuales otorgaron su consentimiento por escrito; y para asegu-

rar bien el golpe, se acordó matar no solamente á Dalmacio y Anibaliano sino tambien á todos los individuos de la línea colateral de Constantino el Grande y á sus parciales. Es posible que para incitar á la tropa de la capital á cometer la infame matanza de tantos individuos de la familia reinante y de otras personas que hacian sombra al emperador Constancio y á su descendencia directa, matanza que fué la primera que ensangrentó la nueva capital, y que debía despues repetirse tantas veces en tiempo de los emperadores bizantinos y de los sultanes turcos, se esparciera en los cuarteles y en toda la capital el rumor de que el difunto emperador habia muerto envenenado por sus hermanos políticos y antes de morir habia encargado á los que le rodeaban su venganza. Bien preparado todo, á principios del mes de setiembre del mismo año 337 estalló el motin militar; la tropa gritó que no queria mas emperadores que los hijos de Constantino, y en seguida pasó á cuchillo á todos los parientes de estos. Entonces fueron sacrificados los descendientes del segundo matrimonio de Constancio Cloro, á saber: los hermanos políticos del difunto Constantino el Grande, sus dos sobrinos Dalmacio y Anibaliano, atraidos probablemente con algun pretexto á la capital; seis nietos de Cloro; los esposos de las hembras de la familia y el influyente prefecto Ablavio. No miraron los asesinos que una de las víctimas, Julio Constancio, no era solamente hermanastro del difunto emperador sino tambien suegro del emperador Constancio, ni que Anibaliano era cuñado de este; lo que convenia era exterminar á toda la familia menos los tres hermanos, hijos de Constantino. Solo dos se libraron de la matanza, los niños Galo y Juliano, hijos del citado hermanastro de Constantino el Grande, Julio Constancio.

Un contemporáneo distinguido de este sangriento drama dice que el César Constancio, en cuya corte se habia tramado todo, si no ordenó tanta efusion de sangre, consintió en ella.

Hecha la matanza, el Senado, en 9 de setiembre del año 337, proclamó emperadores á los tres hijos de Constantino.

PARTE TERCERA

DESDE CONSTANTINO I HASTA LA MUERTE DE TEODOSIO I

CAPITULO PRIMERO

LOS CONSTANTINOS

El espantoso drama que acabamos de relatar fué el comienzo del último período del imperio romano unido, en el cual este gozó de una paz y tranquilidad interiores y exteriores relativas. No faltaron guerras terribles en las fronteras del Rin, del Danubio y del Eufrates, donde al fin salieron humilladas las armas romanas, sin otras tres no menos terribles en el interior, sobre todo una tan desastrosa para el imperio como la de Constantino y Licinio; pero hablando en general, desde la proclamacion de los hijos de Constantino el Grande hasta la muerte de Teodosio I, ó mejor dicho, hasta el paso del Danubio por el pueblo visigodo en masa, gozó el imperio cuarenta años de gobierno ordenado, comparado con las tempestades políticas y calamitosas del siglo III; de suerte que las creaciones de Diocleciano y de

Constantino llegaron á arraigarse completamente en todos conceptos y á producir sus naturales y trascendentales resultados.

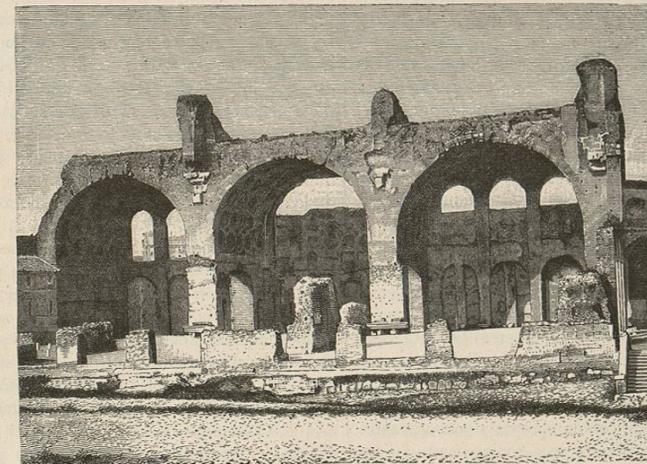
Tambien en este período hubo grandes figuras, en sentido bueno y malo, en la política, el ejército, la Iglesia y en el mundo pagano, que se iba desmoronando. Tampoco faltaron en aquel tiempo episodios poéticos, aunque el imperio, luchando por su existencia con esfuerzos desesperados, no estaba para idilios; pero mirado en globo, prevalecen sobre todo el cuadro un tono de fatídica lobreguez, una atmósfera angustiosa. Segun todos los datos que se han conservado de este período, el tronco itálico habia degenerado hasta exteriormente por efecto de las desgracias, las guerras, el hambre, la peste y la ruina de las haciendas que habian sobrevenido en el siglo III, tanto que la generacion del siglo V, especialmente de las clases altas, era fea y débil.

La union del imperio y su conservacion contra las embestidas de los pueblos bárbaros del Norte, hasta la terrible

batalla de Adrianópolis, durante el período que ahora nos ocupa, no se lograron sino á costa de grandes sacrificios y gastos, que gravitaron principalmente sobre la propiedad mediana y la poblacion rural. Los agentes de la administracion se extralimitaron á veces hasta un grado que demuestra la espantosa degeneracion moral de la época, degeneracion que unida al modo expeditivo, barbarizado, cruel y sanguinario de ejercer el poder judicial, explica cómo muchos griegos y romanos renegaron mas adelante de la civilizacion antigua, se pasaron á las filas de los bárbaros y ofrecieron sus servicios á los jefes guerreros de las tribus germánicas y hunas, que se hallaban todavia en el período primitivo de su civilizacion.

Los dos puntales que mas sostuvieron el imperio en este período fueron los germanos y la iglesia cristiana; pero ambas

fuerzas estaban destinadas á trasformar por completo el imperio y el mundo greco-romano. La Iglesia, cada dia mas pujante y victoriosa, fué reduciendo el número de los paganos, hasta que al fin de este período logró que se decretase la prohibicion de los cultos antiguos cuando á raíz de la batalla de Adrianópolis se abrió un nuevo período en la relacion de los pueblos germánicos con el imperio. Las luchas en el seno de la iglesia cristiana despertaron una nueva y enérgica vida en las comunidades, pero llegaron gradualmente á tal intensidad, que antes de concluir el siglo IV murieron por sentencia del poder civil los primeros cristianos por el nuevo crimen de herejía. Estas luchas dogmáticas perjudicaron grandemente á la propaganda religiosa, y al propio tiempo disminuyeron la fuerza moralizadora y civilizadora de la Iglesia. Esta se dejó arrastrar no solamente á persecuciones



Restos de la basílica de Constantino en Roma

cruelles y á la supresion de toda libertad de conciencia y de opinion religiosa, sino tambien á establecer la costumbre peligrosísima de considerar como de menor importancia la vida verdaderamente cristiana y como lo mas importante la fe ortodoxa, y esto cabalmente en aquellos puntos de sublimidad trascendental que salen del círculo ordinario del entendimiento humano. Paralelamente con esta intolerancia y estas guerras dogmáticas se desarrollaban y crecian la sed de dominio exclusivo, el odio feroz y el fanatismo ciego que pedian el aniquilamiento de todos cuantos se atrevian tener una opinion propia; pasiones salvajes que comprendian mejor que la moral cristiana las innumerables masas de almas vulgares, menguados restos del mundo antiguo, que habian entrado en el seno de la Iglesia desde que esta dominaba y contaba con la proteccion del gobierno. Al lado de esta parte sombría, la nueva fe era una fuente inagotable de consuelo para millares de corazones nobles del mundo antiguo; esparció una nueva luz en las almas sensibles, y produjo grandes figuras, á pesar de las miserias materiales de la justicia bárbara, de la administracion corrompida y de las tinieblas que se cernian sobre la sociedad de aquella época. El clero en general y una gran parte de los seglares cristianos se mantenian á la altura moral del verdadero cristianismo, y especialmente el episcopado siguió incansable su mision humanizadora cuando no se trataba de disputas dogmáticas.

Esta parte benéfica y silenciosa del trabajo del cristianismo, y sus consecuencias moralizadoras y regeneradoras en los hogares de innumerables familias honradas y sencillas de aquella época, permanece oculta á los esfuerzos del investigador de la posteridad; pero no la grandiosa beneficencia que se organizó en el mundo cristiano, si bien no podemos apreciarla en todos sus detalles y aspectos en el seno de las familias, sino solamente en la parte pública. El celo cristiano de los obispos fundó gran número de hospitales, casas de huérfanos y otros establecimientos para socorrer á los desvalidos y á los innumerables pobres y mendigos de aquellos tiempos calamitosos; establecimientos que el mundo antiguo pagano no conocia, porque no habia llegado á mas que á distribuciones de víveres á los pobres de las grandes ciudades en ocasiones extraordinarias. Por otro lado el cristianismo, por su recomendacion de renunciar al mundo y á sus goces y placeres engendró en las familias mas sensibles, sobre todo en el Oriente, el ascetismo, y este el cenobitismo. El Egipto, donde le habian practicado ya los judíos terapeutas, que vivian dedicados á la contemplacion en celdas y cuevas en la proximidad de los templos de Serapis y junto á la laguna Mareotis, vió los primeros anacoretas ó ermitaños cristianos, impulsados á esta vida por el hastío del mundo, ó por dedicarse á contemplaciones ascéticas, ó para expiar sus pecados. A mediados del siglo IV se habia aumentado tanto el número de anacoretas cristianos en el valle superior

del Nilo, que formaron grandes colonias, que á la verdad se componian en gran parte de infelices labradores del país. Estas colonias recibieron del monje Pacomio su primera organizacion y regla, que tenia por objeto principal la enseñanza de la obediencia. Las primeras colonias de esta clase se fundaron en el distrito de Tabenna, entre Teutiris y Tebas; despues cerca de Arsinoe, en la comarca del lago Mœris, y despues en otros puntos. En los últimos decenios del siglo IV empezaron á formarse establecimientos propiamente monacales hasta para mujeres en Egipto. Estas comunidades se dedicaban, además del trabajo, á la oracion, al culto y á la penitencia, sin que por esto menguasen los anacoretas aislados.

Muy pronto se extendieron los establecimientos monacales. Fueron muchos los anacoretas que se dedicaron al cultivo de la tierra, y muy particularmente al de la vid, en Palestina; y esta práctica se extendió luego á la Siria, la Mesopotamia y á muchas partes del Asia Menor. Uno de los fomentadores mas principales de la vida monacal en la Armenia, la Paflagonia y el Ponto, fué el severo obispo Eustasio de Sebaste; pero la figura mas noble en esta propaganda monacal fué el obispo de Cesarea, Basilio el Grande, que por el año 365 comunicó á la nueva institucion, en Capadocia y Galacia, un carácter mas elevado é ideal, dándole por base una vida retirada, virtuosa, espiritual, limitando las necesidades materiales á la menor expresion, preceptuando la represion de las pasiones y deseos mundanos, como imitacion de la mansedumbre y padecimientos de Jesucristo, y teniendo por de importancia secundaria la vida retirada y cenobítica. Hasta despues del año 380 no se introdujo en el Occidente, á saber, en Italia y la Galia, la nueva institucion, pero sin ofrecer rasgos tan característicos como en el Oriente. Solo á principios del siglo VI tomó incremento en Europa la vida monacal, con gran beneficio de la civilizacion, entre los pueblos bárbaros de la Edad media, mientras en el Egipto fué creciendo continuamente el número de almas creyentes deseosas de retirarse del mundo, que tomaba cada día un aspecto mas lúgubre.

Al paso que la administracion civil y la Iglesia aumentaron la presion é influencia de cada una en el interior del imperio, preparando paso á paso el organismo que formó despues la base del imperio bizantino, la legislacion trató de crear en la poblacion una especie de division en castas, principiando por las clases oprimidas é infortunadas. En cierta manera existia ya esta situacion respecto de la clase labradora de los colonos, que en realidad eran ya siervos de la gleba, de cuyo estado solo podian salir en Egipto haciéndose anacoretas y retirándose al desierto, y en el resto del imperio haciéndose soldados. No eran tan felices las familias patricias de las ciudades y de muchos gremios y corporaciones. Los hijos de las primeras que tenian el triste y ruinoso privilegio de los cargos municipales, como el decurionato, no podian abrazar la carrera de comerciantes á no ser que hubiese un hijo varon disponible en la familia para reemplazar al padre en sus cargos municipales. Los obreros de las casas de moneda, los tintoreros de púrpura, los armeros, y en Roma y Constantinopla los tripulantes de los buques trasportadores de cereales, los tratantes en ganado y los panaderos podian dedicarse á cualquier otro oficio, pero cualquiera que fuese su nueva situacion, quedaban siempre á disposicion de la autoridad, que los llamaba y empleaba en sus respectivos y primitivos oficios siempre que le faltaban obreros. Para el ejército quiso hacerse una cosa análoga. Ya Alejandro Severo habia decidido que las tierras cedidas á los colonos militares solo quedaran en las familias de estos mientras tuviesen hijos varones aptos para entrar en el ser-

vicio militar. Despues se hizo obligatorio este servicio para los hijos de veteranos, incluso los de los oficiales; y los padres, bajo severas penas, tenian obligacion de presentar en caja á sus hijos cuando llegaban á la edad de diez y ocho años. Como medio coercitivo, el gobierno recompensaba á los veteranos, cuando les daba la licencia absoluta despues de los años de servicio reglamentarios, ya con tierras, ya con dinero si preferian establecer un comercio, y les concedia la categoria y los mismos honores de los decuriones en las ciudades donde se establecian, así como la exencion de todos los cargos, prestaciones y deberes de esta clase, de la contribucion industrial y de los derechos de tránsito; pero estas exenciones cesaban todas desde el momento en que sus hijos no entraban, por no querer ó no poder, en el ejército á la edad debida.

El objeto principal de este sistema gubernativo era, además de la conservacion y aumento de los ingresos del tesoro, el deseo de oponer un dique á la descomposicion social, que ya habia amenazado al imperio en el período angustioso que medió desde Filipo hasta Carino; solo que esta vez, muerto Constantino y realizado el inicuo asesinato de la mayor parte de la familia de su padre, amenazaban al edificio romano, restaurado por el difunto vencedor de Adrianópolis y Crisópolis, otros males distintos de los producidos por las irrupciones del Norte, los pronunciamientos de las legiones, los bagaudos y los monederos falsos.

En el verano del año 338 reuniéronse los tres jóvenes emperadores en Sirmio para repartirse el imperio, despues de la eliminacion de sus primos Dalmacio y Anibaliano. El nuevo reparto fué mas adelante rectificado y mejor deslindado quedando finalmente establecido el arreglo siguiente: Constantino II obtuvo el Egipto, todas las provincias asiáticas y la Tracia con Constantinopla; Constante recibió la prefectura de Iliria con Italia, y Constantino II, la prefectura de Galia con una parte occidental de la provincia de Africa. Aunque cristianos, no era muy grande el amor fraternal que se tenian los tres hermanos, y lo que era peor, les dividian tambien sus opiniones religiosas. Constante se inclinaba á favor de los arrianos, mientras los otros dos eran celosos partidarios de Atanasio; pero cabalmente entre estos dos últimos estallaron las primeras disensiones, por motivos por supuesto muy mundanales, á saber: el reparto de la provincia de Africa. Constantino se acaloró tanto, que resuelto como su padre salió en el año 340 de la Galia á la cabeza de un ejército y marchó contra su hermano Constante. Despues de pasar los Alpes se encontró á principios de abril no lejos de Aquileya con las avanzadas de las fuerzas que los generales de Constante, peritos en la guerra, habian reunido á toda prisa. Con precipitacion imprudente atacó Constantino con fuerzas inferiores el ejército de su hermano, y habiendo caido en una celada, fué muerto y su cadáver arrojado al rio Elsa, que lo llevó al Adriático. Reducidos los hermanos á dos, tocaba á Constante proponer á Constantino un nuevo reparto del imperio; pero prefirió quedarse con su parte y la del difunto Constantino. Reunió pues bajo su dominio todo el territorio que su padre tenia antes de la guerra del año 323; y como Constantino estaba á la sazón en guerra contra la Persia, no tuvo que temer por lo pronto de parte de este reclamaciones apoyadas con las armas.

La muerte de Constantino I habia animado al rey de Persia á volver á sus ataques para recobrar los territorios perdidos, y en el año 338 habia dado principio á una nueva guerra con el imperio romano, que duró hasta la grande y gloriosa campaña del emperador Juliano. Pero si bien el rey de Persia, Sapor, se mostró general hábil y atre-

vido, no igualó en pericia y mérito militar á Constantino II. La guerra se comunicó á la Mesopotamia y á la Armenia, donde la nobleza, adversaria del cristianismo, se entendió con el rey de Persia. La Mesopotamia padeció mucho por efecto de las depredaciones cometidas por las fuerzas persas; hubo, además de muchos encuentros, grandes batallas entre romanos y persas con fortuna varia, pero los romanos resistieron mucho mejor que en tiempo de Valeriano á los ataques de los persas. Estos no estaban dirigidos con arreglo á un plan general ni tampoco organizados para ejecutar movimientos rápidos, por lo cual se estrellaron sus esfuerzos cada vez que intentaron apoderarse de la bien fortificada ciudad de Nisibe. Sapor, despues de haberla sitiado en 338, sin mas resultado, al cabo de sesenta y ocho dias de asedio, que el convencimiento de su impotencia, resolvió reparar el Tigris. Siguió el ejército romano en su retirada, pero tampoco alcanzó mas resultado que devastar el país enemigo.

En el año 342 murió envenenado el rey Tiridates de Armenia, y su hijo, Cosroes II, no supo defenderse contra su nobleza hostil y los persas. Cuatro años despues, en 346, dieron los persas otro ataque formidable contra Nisibe, pero con el mismo resultado negativo que antes, y al año siguiente al parecer firmóse entre ambos beligerantes una tregua.

Todo esto impidió á Constantino II reclamar de su hermano Constante su parte de los territorios de Constantino II, despues de la batalla de Aquileya, y tambien cuidar como deseaba de los asuntos religiosos, que se hallaban embrollados. En efecto, apenas murió Constantino el Grande, sus hijos abandonaron la hábil política religiosa del padre, la cual, como hemos dicho, consistia en mantener la igualdad de derechos entre los cultos antiguos paganos y la iglesia cristiana, guardando respecto de su opinion interior una reserva impenetrable. Sus hijos, muy al contrario, como cristianos declarados, adoptaron desde el primer día de su gobierno una actitud decididamente hostil y hasta agresiva respecto del paganismo, y al mismo tiempo tomaron personalmente con ardor gran parte en las disputas teológicas, cometiendo además la gran torpeza de dar rienda suelta al partido á que se habian adherido para que se ensañara en el contrario y echara mano de todos los medios que inspira el fanatismo religioso. Esto produjo males sin cuento, principalmente en los dominios de Constantino, porque si en ellos, mas que en ninguna otra parte del imperio, iba extinguiéndose el paganismo, en cambio estaban tambien mas inflamadas las pasiones y disputas teológicas, y mas arraigada la creencia arriana.

Cristianos celosos habian inflamado desde el primer día el fanatismo religioso de los tres hijos de Fausta para inducirles á una guerra de exterminio contra el paganismo, como la que hizo cuarenta años despues el emperador español Teodosio; pero esto no era posible en el tiempo de los hijos de Constantino el Grande. Uno de estos fanáticos furiosos fué despues del año 340 Julio Firmico Materno, quizás pariente de su contemporáneo pagano de igual nombre, matemático, astrólogo y filósofo neo-platónico, establecido en Sicilia. Constantino, á falta de guerra de exterminio, publicó en el año 341 un decreto prohibiendo, bajo severas penas, los sacrificios mágicos nocturnos, que eran ocasion de inmoralidades escandalosas y aun de crímenes. En este decreto se califica ya oficialmente el culto pagano de supersticion y los sacrificios de demencia. Fuera de esta medida, exigida por el orden y la moral pública, continuaban funcionando sin ser molestados los cultos antiguos. En principio estaba abolida la igualdad de derechos y negado hasta el derecho á la existencia de los cultos paganos; pero ni entonces ni muchos decenios despues de Constantino, se pensó todavía en perseguir á los partidarios de los cultos antiguos, ni tampoco,

y esto por razones poderosas, en excluir á los paganos de la administracion civil, ni menos del cuerpo de oficiales y altos jefes del ejército. El menguado emperador Honorio fué quien hizo las primeras tentativas tímidas en este sentido. Tambien siguieron los emperadores el mismo principio respecto de las sectas cristianas, y arrianos y homusianos fueron indiferentemente empleados por ellos.

El emperador Constante, en cuyos territorios prevalecian decididamente el paganismo y sus diferentes cultos, todavía sólidamente arraigados, se guardó muy bien de imitar la conducta de su hermano en materia de religion, y si bien se declaró, especialmente en un decreto del año 346, contra la supersticion, y hasta cerró algun templo pagano en comarcas muy cristianizadas, tuvo siempre el buen tacto de mostrarse benévolo y condescendiente con los adeptos de los cultos antiguos, principalmente en los distritos fronterizos importantes, como en Grecia. Con este país fué particularmente bondadoso el joven Constante, admirador entusiasta de las escuelas de Atenas, que entonces florecian mas que nunca; y no solo admirador, sino tambien protector del profesor Proeresio, el mas célebre y el único cristiano entre todos sus colegas de Atenas.

Por lo demás, ambos hermanos rivalizaron en colmar de favores á la iglesia cristiana, en dotarla cada vez mas profusamente y distinguir á sus representantes del clero con fueros, privilegios é inmunidades; pero siendo Constantino amigo de los arrianos y Constante partidario de los homusianos, este no quiso auxiliar á su hermano en la guerra contra los persas. Sin embargo, Constantino habia cedido en el año 338 á las instancias de sus dos hermanos permitiendo á Atanasio, homusiano y defensor de la independencia de la Iglesia respecto del Estado, la vuelta á Alejandria, donde su entrada solemne fué motivo de escenas tumultuosas. En efecto, se recrudeció la lucha entre los dos grandes partidos dogmáticos, y volvió á agitar todo el Oriente, desde la choza del pescador hasta la corte imperial. Constantino, queriendo apaciguar los ánimos, convocó en el año 341 un gran sínodo en Antioquia, con el objeto de buscar la fórmula de un nuevo símbolo que no contuviera la palabra *homusio*. El sínodo no llegó á encontrar esta fórmula, y destituyó al gran agitador Atanasio de la silla episcopal; pero su partido era tan numeroso y entusiasta en ambos sexos, que fué menester la intervencion de la fuerza armada para restablecer el orden y la autoridad del sínodo. En lugar de Atanasio, que huyó á Italia y fué bien recibido en Roma por el obispo Julio y el emperador Constante, fué instalado en la silla episcopal Gregorio, poco digno de tan importante puesto. Posteriormente, á fuerza de largas negociaciones cedió otra vez Constantino á los deseos de su hermano, acosado por Atanasio y los romanos, y convocó un nuevo gran concilio en la ciudad de Sardis para llegar á un símbolo definitivo; pero en este concilio, que se celebró en el año 347, tomaron parte tantos obispos de Europa y Africa que los de Oriente, disgustados ya por la presencia de Atanasio, cuya causa no quiso la mayoría examinar de nuevo, se retiraron de la asamblea á Filipópolis. El concilio continuó no obstante sus sesiones y pidió para el obispo de Roma la jurisdiccion superior, y como tal, autoridad de entender y decidir en las instancias de apelacion de los demás obispos y ordenar la revision de sus causas. Esta pretension se estrelló contra la oposicion violenta del clero oriental. La cuestion dogmática quedó sin resolver, pero Atanasio fué rehabilitado, y siendo el poder material del emperador Constante superior al de su hermano, prefirió este someterse á la resolucion del sínodo y permitir la vuelta á Alejandria al obispo Atanasio, el cual efectuó en el año 349 su entrada triunfal en la capital de Egipto con toda aquella pompa y exaltacion que